



La punta y el iceberg.

Se vale opinar.
Martha Galindo.

Octubre 30, 2021.

MUERTOS Y VIVOS.

“...el tiempo vivido es un pellizco dado a la vida, y diariamente disminuye lo que resta: de tal forma, que esta vida no es más que una carrera hacia la muerte”. (San Agustín). No sé si el 2 de noviembre los mexicanos estamos honrando a la vida o coqueteando con la muerte. Para Gorostiza la vida es “una muerte sin fin” y Villaurrutia dijo: la vida “no es más que una nostalgia de la muerte” (ref.O.Paz). Muerte y ancestros indígenas eran entrañables conocidos. Los mexicas transitaban al Mictlán y otros pueblos acompañaban con ritos (algunos que continúan repitiéndose hasta hoy), el regreso a la esencia o lo indescifrable. Pero en la mayor parte de nuestro territorio, fue la fusión de las culturas originarias y española que, aun coexistiendo en el presente en un singular sincretismo, complementaron tradiciones y lograron amalgamar lo que conocemos como la fiesta del Día de Muertos. Ésta celebración de coloridos altares, engalanados con plantas de cempasúchil, calaveritas de azúcar, dulces típicos, fulgor de las veladoras, fotografías, apetencias comestibles y líquidas de los difuntos y otros detalles más, es un orgullo nacional y una conmemoración que atrae a propios y extraños. ¿Será que el simbólico reencuentro festivo con los que ya no están aquí, es además, en cierta forma, un intento de perderle el miedo a nuestra propia muerte o de aspirar a cerrar nuestros duelos? La vida es breve pues sucede entre nuestra primera y nuestra última respiración, ya que ese proceso biológico es el que echa a andar y también el que para el reloj de nuestra existencia. Kierkegaard dijo que la vida “sólo puede ser comprendida hacia atrás pero únicamente puede ser vivida hacia adelante”. Coincido totalmente y por eso me parece que desaprovechamos muchas oportunidades de vivir viendo al frente, que no emprendemos lo que mejor hacemos, tenemos miedo a fracasar, o no nos atrevemos a darle significado a nuestros días. Y esa misma inquietud hace que me duela mucho que este año terminaran tantas vidas que podrían haberse evitado. Llámese COVID, hipertensión, diabetes, infarto, violencia, accidente o la etiqueta que sea, el 2021 ha estado marcado por la muerte y muchas de ellas ocurrieron en soledad y como escribió De los Ríos Uriarte: “para morir nos bastamos a nosotros mismos, pero para prepararnos a morir nos hacen falta los otros”. Pero muchos de esos otros no pudieron acompañar y sus duelos han sido más que dolorosos. En mi entorno, a varios amigos médicos les ganó la partida el miserable virus y no sé si acudirán a la cita del martes 2. Tampoco sé si se presentará mi amiga que desapareció hace tres meses y cuya muerte por tal razón, me resisto a darla como un hecho. Y desaparecer, que es otra forma de no estar ni saber, me hermana con tantas madres y padres que desconocen si sus hijos aún son o están. Día festivo en año luctuoso, pero la vida sigue, así que no nos bajemos de ella ni claudiquemos antes de tiempo. Aunque a veces duela, sigamos el consejo de Bakewell: “deja que la vida sea tu propia respuesta” ...